

"Cangaceiro", Una Verdad

por Sebastián Salazar Bondy

Ahora hay una prueba más de que hacer cine en Latinoamérica, cine —se entiende— que pueda equipararse al mejor de Europa y de los Estados Unidos, consiste en adentrarse profundamente en la psicología de nuestros pueblos, en la peculiar manera de ser del hombre de estas latitudes aún desconocidas, y revelarlos tal cuales son, sin inhibiciones ni prejuicios. Dentro del marco de los maravillosos paisajes de estas tierras, sus selvas o desiertos, sus montañas o llanuras, los personajes tiernos brutales de este mundo nuevo y en tantos casos inocente, han de ser sorprendidos en su simple pureza, en esa realidad tal vez bárbara que les es característica. La prueba a que me refiero es "Cangaceiro", la extraordinaria película de Lima Barreto que se ha hecho acreedora de premios y menciones de honor en varios festivales internacionales.

El haber elegido como figura central de esta historia de amor y pasión a Galindo Ferreira, bandido del "sertao" brasileño, es un primer acierto. La novela del Brasil, desde Euclides da Cunha hasta Jorge Amado, había visto ya en el carácter del "cangaceiro" un modelo inconfundible del espíritu rebelde del mestizo de aquella región. Delincuente por fuerza de las circunstancias, por imperio del medio y la sociedad, el levantisco "sertanejo" representa no sólo la violencia y la muerte, sino también ese aliento romántico y religioso, esa fuerza primordial, que el cauce de un sistema de vida más justo transformará algún día en fundamento de una gran creación. El bandido y el santón, frutos opuestos pero complementarios de ese ámbito en que la existencia y su drama exigen una aceptación radical, una decisión, son realidades que el ojo zahorí y penetrante, el que no se detiene en las meras apariencias, descubrirá como posibilidades afirmativas. En la fermentación de una nación que está haciéndose, nada es absolutamente negativo.

En el "Cangaceiro" hay más de un héroe. Aparte del capitán Galindo, ese cruel mulato que no obstante rinde culto al honor, están como paradigmas de valor perdurable, Teodoro, el lugarteniente que por pasión se enfrenta a su terrible jefe, y el comandante de la milicia que se propone buscar al bandido en sus dominios y concluye sacrificándose a su noble propósito. Cada cual a su manera, los tres hombres proceden al modo de los antiguos caballeros de la leyenda. Su conducta está determinada por principios, y el holocausto mortal es para los tres el único obstáculo que impide la consumación de sus fines. Morales e inmorales, dichos fines se justifican en el móvil último que los sostiene y da sentido: el ansia de ser plenamente, de realizarse en su verdad. Los personajes de esta epopeya son crédulos, si no creyentes, y en ningún instante, a diferencia de los protagonistas de

la narración o el "film" al uso, escogen la negación del suicidio. Quizá es en este carácter heroico en donde reside la apasionante atracción que ejercen.

Pero la calidad de "Cangaceiro" no está solamente ahí. Lima Barreto, autor del libro y director de la cinta, ha reunido en torno al asunto una serie de elementos de singular vigencia. Uno de ellos es el paisaje, aprovechando en lo que posee de hermoso y brutal, y otro es la música, la melodía popular, que constituye un toque de color local nunca excesivo. Los tipos humanos, rostros de rasgos fuertes como exhalados por la naturaleza, tierra y vegetación al mismo tiempo, están considerados dentro del mismo concepto cinematográfico: convertirlos en fondo de un relato en el cual un instinto rudo y potente prevalece como motor de los sucesos. La gran lección de Eisenstein, y también la de Fernández y Figueroa, los mexicanos, ha sido bien asimilada por este notable realizador brasileño.

Un peligro implícito en este tipo de películas ha sido conjurado por Lima Barreto. El folklore, lo pintoresco, lo documental, pueden muy bien avasallar esta clase de "films" hechos sobre gentes y cosas de medios que resultan exóticos para el resto del mundo. Cualquier abuso del costumbrismo conduce fatalmente a la película descriptiva. La solución está en poner sólo aquello que predispone un clima y es una previsión del alma de los hombres y del modo cómo ellos han de proceder. La canción con que se inicia y concluye "Cangaceiro", la fiesta en el reducto de los bandidos con música danzas populares, esas notas sentimentales y frenéticas, no exceden el contenido del drama y, más bien, lo localizan y explican. La tragedia ocurre en un lugar, y ese lugar es la llanura del noreste del Brasil, pétrea e inhóspita, selvática e incógnita, pero los acontecimientos que la desatan se manifiestan con una certeza humana capaz de conmover al público de cualquier punto del orbe. He aquí la grandeza de esta obra de Lima Barreto.

No es necesario aludir a los múltiples aciertos técnicos de la película que comentamos. En verdad, el mérito de cualquier creación artística debe medirse por el sabor que nos deja, por ese eco que vibra dentro de nosotros después de la contemplación, por la manera cómo la memoria repite con trozos que han hecho impacto en nuestra sensibilidad. Y en este caso, es necesario decir que "Cangaceiro" nos queda como una sensación de largo gusto, como un interrogante que queremos responder cada vez que reflexionamos sobre tantos momentos de calidad como la película tiene. Todo ello, si excluimos del juicio lo mucho que el "film" posee de familiar para nosotros, los que vivimos en un país que es semejante a aquel que "Cangaceiro" retrata con emoción, hondura y total sinceridad.